

COLECCIÓN HISPANIOLA, 53

EL TURISTA SIN EQUIPAJE

© De los textos, Nicolás Melini

© Confluencias, 2025

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-129263-8-5

Depósito legal:

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

NICOLÁS
MELINI

EL TURISTA
SIN EQUIPAJE



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

Dios es el escándalo.

PIER PAOLO PASOLINI

Entrevista sobre 'Teorema'

El pueblo parecía también a la deriva.

BLANCA RIESTRA

Vuelo diurno

Había posado el balde sobre el cemento del muelle, a cinco metros del noray más próximo. El mar allí debajo se mostraba negro, sin luna a la vista, tal vez porque esta, se dijo Gerardo, se encontraba allí atrás (no encima ni delante, sino detrás de él) y oculta tras el mar de nubes, posiblemente oculta tras la cumbre, también. Él pensaba que eso no era posible durante esas fechas, y le pareció extraño. Por otro lado, la superficie del agua estaba tan quieta, dentro del puerto, al abrigo del oleaje, que apenas se reflejaba en ella alguna de las tenues farolas que recorrían el brazo del muelle de enfrente. La hilera se extendía hasta la punta, hacia mar abierto. El silencio era el propio de aquellas horas altas, nítido el chapoteo mínimo del agua contra una de las ruedas de camión dispuestas allí abajo para proteger los cascarones cuando los barcos atracaban. Nítido también el espontáneo chirrido de metal que provenía de las pilas de contenedores que, aun dormidas, se estremecían como un animal de vez en cuando.

Gerardo fue soltando el nailon sobre su dedo índice, demasiado inflamado y encallecido para pertenecer a un hombre de apenas treinta años. Sobre la superficie del agua, justo bajo él, cayó la pelotita de engordo de pan, e imaginó, a falta de visión, cómo se disgregaba y, en parte, cómo se diluía mientras que la porción central flotaba. Una vez echada la liña al agua, Gerardo comprobó que lo había hecho correctamente (casi sin darse cuenta), al tiempo que se acomodaba para una larga espera.

Entonces observó que una embarcación deportiva se aproximaba. La embarcación surgió de la oscuridad —pues hasta un instante antes le había pasado desapercibida— y se deslizó sobre el agua. Gerardo presencié la maniobra con la curiosidad gastada de quien se encuentra ante una imagen que le interesa, aunque ya vista. Era lo que más le gustaba de ir a pescar en noches como aquella: que todo era lo mismo, igual que siempre, una y otra vez; noches sólidas como una roca, inamovibles, el lugar perfecto donde encontrarse para repetirlo todo una vez más. Esa era toda su ambición. Repetir. Mirar lo mismo. Percibir las leves variaciones de todo lo que le rodeaba. Por eso había ido a pescar aquella noche de fin de año, exactamente como una noche cualquiera.

De pronto sonó un fuerte estallido allí arriba y se iluminó, en un parpadeo de destellos, la embarcación y toda la superficie del agua. Gerardo alzó la vista. Justo encima de él comenzaron a estallar los voladores y las palmeras: palmeras rojas, palmeras azules, palmeras verdes, palmeras amarillas, palmeras blancas. Los fuegos

de artificio eran lanzados en batería desde lo alto del risco de La Concepción, cuya silueta se recortaba por delante —esto es, por debajo— de las nubes. Las ráfagas salían desde algún punto en lo alto del risco y se dispersaban para cubrir una gran superficie del cielo. Y por toda la población se extendieron, como en un murmullo de lejanas alharacas, los gritos de celebración de familiares y amigos reunidos.

Los mismos centelleos de los fuegos de artificio que destellaban sobre el puerto lo hacían sobre el rostro de Nieves, que se encontraba a oscuras, de pie frente a un nicho modesto. Miraba la foto en miniatura de Adelaida, allí también las fechas de su nacimiento y de su defunción, que se había producido hacía tan solo dos años. Los voladores y las palmeras explotaban arriba, pero muy lejos, en el lugar al que parecían apuntar las copas de los cipreses. Nieves miró los estallidos entre esas mismas copas de pincel y luego volvió a mirar los destellos sobre el mármol y la imagen de Adelaida y las flores... en su mano la llave del cementerio, que le había dejado Santiago, el sepulturero, siempre tan atento a las necesidades de los familiares de los fallecidos. Nieves reflexionó acerca de lo que le pasaba por dentro en aquel momento: en su propio rostro percibió la expresión del tributo, la lealtad debida; nostalgia también. Toda una vida en común.

La grava negra crujió bajo sus pies cuando por fin inició a alejarse por uno de los pasillos, casi a oscuras entre nichos, hileras de cipreses, parterres y tumbas.

No arriba en lo alto del cielo, sino lejos y allá abajo, se escuchaban los fuegos desde la montaña de Tenagua (un poco más al norte), donde Sigui, en copas, abandonaba una casa terrera. Tras él salía Flora, diez años mayor que él, en bata pero maquillada y, desde luego, con mejor carácter, sin entrar al trapo de la monserga del hombre al tiempo que lo conducía para que se marchase. Sigui refería que él solo quería mirar, solo mirar nada más, como otras veces, pero ella ya no se molestó en decirle que en aquella casa no se miraba solamente, que la chica —que habían dejado en el interior— no entendía qué era lo que quería y encima le hacía perder toda la noche porque luego nada. Por fin le dio una palmadita en la espalda (que Sigui no acusó recibir), se detuvo y se quedó mirando cómo se alejaba. Antes de que Sigui alcanzara el lugar donde se encontraba su Mobylette, Flora regresó sobre sus pasos, dejando a Sigui a solas con aquel desagradable sentimiento de culpa y frustración por no saber cómo superar su torpeza. De nuevo se había enamorado mirando desde lejos, aprensivo y tembloroso, porque luego era incapaz de intercambiar ni una sola palabra con ninguna mujer, casi que ni con Flora. Las mujeres le producían pavor. Le entraba un sudor frío y tiritaba descompuesto, sin gracia, transmitiendo un patetismo

que, aun siendo benévolo consigo mismo, era de lo más lamentable que se podía imaginar. Resultaba desagradable tanto para él como para quien quiera que lo presenciase, pero más aún para ellas. Nada tenía que ver su comportamiento con el tópico de las inseguridades de los enamorados de las comedias románticas más famosas. Porque, ante el pavor, uno siente miedo. Y eso era lo que ellas sentían ante el suyo.

Sigui maldijo para sí. Hizo el intento de arrancar la moto pero esta se ahogó. Lo que se temía: qué cabrones. Se agachó en la oscuridad y escudriñó la máquina hasta que encontró un cable que debería estar prendido. La cachimba estaba suelta y vacía. Ni rastro de la bujía, claro. No había noche que saliese por ahí que algún gracioso, tras reconocer el cacharro, y por ser de él, no le hiciera la gracia de quitarle la bujía para dejarlo tirado. Su moto era el único vehículo que había en el terraplén. Nadie a la vista, ninguna persona a quien pedir explicaciones.

Sigui descendió de la Mobylette y la empujó hastiado hacia la vereda de cemento. Ya en la carretera podría lanzarse cuesta abajo, sin luces ni estruendo de motor, a ciegas. Afortunadamente, mucho del recorrido hasta su casa era cuesta abajo. Ni siquiera se volvió para mirar los fuegos de artificio que, desde allí, por encima de la balastrada rosada, se veían a lo lejos: se encontraba a una altitud mayor que el risco de La Concepción, así que estos, allá abajo, iluminaban los tejados de las casas, entre ellos el de la suya (aunque desde tan lejos y de noche no se distinguiera).

Pero no eran los del risco de La Concepción los únicos fuegos que se botaban por el nuevo año. Había cuatro simultáneos en poblaciones de distinta altitud, por lo que la isla parecía un gigantesco animal varado en el atlántico bajo las explosiones de los voladores y las palmeras. Y también se encontraba iluminada en la noche la pista de aterrizaje del aeropuerto, junto al mar, anunciando algún vuelo que estaría por llegar o por despegar, aunque pudiera resultar extraño que alguien viajase a aquella hora de un día como aquel, y que hubiese gente trabajando en el aeropuerto, pilotos pilotando, azafatas atendiendo al pasaje.

—Lo he estado pensando.

—Mi edad no debe condicionar tu decisión —comentó Yoy.

—Ya —asumió Nieves—, pero eres tan joven.

Ella sonrió con sorna:

—Y tú tan viejo.

Los destellos de las explosiones titilaban en las hojas de madera de las ventanas del salón de la casona de Nieves. Allí todo era de madera: el suelo, el techo, las ventanas.

Al sonreír con ella, la piel de Nieves recuperó algo de su antigua lozanía.

—Si lo dejas ahora, nada tiene por qué cambiar —dijo Yoy—: bastante has aguantado.

Él pareció reconocerlo. Agradecía las palabras de su pareja. El rostro oriental de ella exacerbaba la diferencia de edad entre ambos. Por un instante pareció incluso más joven. No era la primera vez que él había hablado de la posibilidad de jubilarse, aunque le parecía extraño jubilarse estando con Yoy, que aún no había cumplido los 30, y se preguntaba si (aunque ella decía estar de acuerdo con que lo hiciera) hacerlo no sería un mal paso entre ellos.

Nieves reparó en algo que ella preparaba con el tenedor.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó casi como si la reprendiese.

—Una salsa picante.

—¿Con el mojo?

Ella asintió como si jugara.

Después de todo, no era tan mala idea, pensó Nieves, hacer una salsa picante con una salsa picante.

En aquel preciso instante, una rueda de fuego giraba incendiada. Y luego dos, tres, cuatro, cinco, en hilera carretera arriba, hacia el mirador de lo alto del risco desde el que se estaban botando los voladores. La gente guardaba una distancia no muy prudente con las ruedas de fuego, dispersándose hacia los laterales de la carretera, concentrándose en una de las aceras y sobre los quitamiedos. Un grupito de niñas pequeñas

correteaba de un lado para otro. La niñas se mostraban desenvueltas sin prestar mayor atención a los fuegos porque los tenían muy vistos de otros años y la gracia se encontraba, en esta ocasión, en la total falta de vigilancia de sus mayores.

—Mira, ¡el Zorro! —Andrea, una de las más pequeñas, blandió el palo de un volador como si fuese un florete.

Su hermana Sandra trató de esquivarlo.

Alguna de las amigas se rio, pero Sandra brincó y, al grito de ¡zorral, pinchó a su hermana, en estoque, tal vez demasiado incisiva porque Andrea se dolió. La mayor de las hermanas, lejos de preocuparse, se jactó y se burló de ella. Menospreció la furia de la menor. Andrea se revolvió y le propinó en el brazo un latigazo de los que cortan el aire y estallan en la piel, doblando a Sandra de dolor. Andrea se había pasado y Sandra, con lágrimas en los ojos, fue a por ella mientras las ruedas de fuego arrojaban chispas en todas las direcciones. Pero sus amigas la interceptaron y Andrea pudo perderse entre la gente.

Por fin cesaron los destellos sobre Gerardo, el muelle y el mar, y, un segundo después, resonaron los dos últimos estampidos, los que cerraban el espectáculo. Cesó la pirotecnia y se hizo de nuevo la oscuridad y el silencio. Gerardo miró hacia la embarcación deportiva, ya atracada, como si algo hubiese llamado

su atención, aunque en realidad nada lo había hecho. Apenas la sombra de alguien que debió de descender del yate y ahora se alejaba por el muelle y se esfumaba en la oscuridad. O, ni siquiera una sombra, el sueño de una sombra, nada: un extrañamiento, una inquietud atroz —de repente— allá adentro de sí mismo.

La amó y la odió de golpe, a aquella sombra. A Gerardo lo invadió un amor inusitado y un odio descomunal hacia el sueño de aquella presencia. Todo en el mismo instante, sin saber qué era, de qué se trataba, quién había allí. El mar, de manera casi imperceptible, pareció hincharse bajo sus ojos, como si amenazara con rebosarse y ahogarlo todo. Pero él estaba demasiado paralizado —y vacío adentro, aunque harto de la congoja que casi lo ahogaba— para poder siquiera pensar en huir.

Presintió una amenaza allí arriba, sobre su cabeza, alzó la vista y la oscuridad abisal lo alertó de la inminencia de una lluvia. Por fin vio el primero: eran palos de volador aún calientes. Caían sobre él como chuzos de cartón incendiado. Se olvidó de todo lo que allí tenía y gateó (porque ni siquiera consiguió ponerse en pie) hasta casi alcanzar su Jeep, y haciendo la croqueta que se reboza en el polvillo de la superficie del muelle (piedra, mármol, pienso, alpaca, cemento...), se refugió debajo del vehículo mientras el bombardeo producía su golpeteo violento sobre el capó y la capota y el suelo y el agua del mar y los contenedores. A salvo, oliendo la grasa de los bajos del Jeep, sorprendido por su propio pavor, soltó una carcajada. El impacto de los palos de volador sonaba

como el de una lluvia de sapos, y él reía, a cubierto, rebozado en polvo y sucio de grasa.

Aguantando allí debajo, Gerardo se explicó el suceso porque, otros años, a pesar de que los fuegos se habían producido exactamente sobre su cabeza, como aquella noche, la incesante brisa del alisio había debido de transportarlos más al sur o suroeste, mientras que aquel era un extraño día de calma que había hecho caer los voladores a plomo sobre él. No podía tratarse de otra cosa. Cómo podía él haber pensado que debía tratarse de otra cosa. Ni siquiera el recuerdo del odio visceral y del amor descomunal que le había provocado la presencia que había descendido del yate le hizo plantearse otra posibilidad. Y sin embargo el recuerdo de aquel amor y de aquel odio seguía en él.